

860
B.

PQ6503
B3
A113
N.3

Derechos de propiedad reservados.
Queda hecho el depósito que previene la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Imprenta de Felipe Samarán: Embajadores, 64. — Tel. 1451 K

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO BOYARUDIAS

ARTÍCULOS VARIOS

Tomo III

1

LA PEREZA

La pereza dicen que es don de los inmortales: en efecto, en esa serena y olímpica quietud de los perezosos de pura raza, hay algo que les da cierta semejanza con los dioses.

El trabajo aseguran que santifica al hombre: de aquí sin duda el adagio popular que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando.» Yo tengo, no obstante, mis ideas particulares sobre este punto. Creo, en efecto, que se puede recitar una jaculatoria mientras se echan los bofes golpeando un yunque; pero la verdadera oración, esa oración sin palabras que nos pone en contacto con el Sér supremo, por medio de la idea mística, no puede existir sin tener a la pereza por base.

La pereza, pues, no sólo ennoblece al hombre porque le da cierta semejanza con los privilegiados seres que gozan de la inmortalidad, sino que, después de tanto como contra ella se declama, es seguramente uno de los mejores caminos para irse al Cielo.

La pereza es una deidad a que rinden culto infinitos adoradores, pero su religión es una religión silenciosa y práctica: sus sacerdotes la predicán con el ejemplo; la Naturaleza misma, en sus días de sol y suave temperatura, contribuye a propagarla y extenderla con una persuasión irresistible.

Es cosa sabida que la bienaventuranza de los justos es una felicidad inmensa, que no acertamos a comprender ni a definir de una manera satisfactoria. La inteligencia del hombre, embotada por su contacto con la materia, no concibe lo puramente espiritual, y esto ha sido causa de que cada uno se represente el Cielo, no tal como es, sino tal como quisiera que fuese.

Yo lo sueño con la quietud absoluta, como primer elemento de goce: el vacío alrededor, el alma despojada de dos de sus tres facultades, la voluntad y la memoria, y el entendimiento, esto es, el espíritu reconcentrado en sí mismo, gozando en contemplarse y en sentirse.

Esta es la razón por que no estoy conforme con el poeta que ha dicho:

Heureux les morts, éternels paresseux!

Esa pereza eterna del cadáver, cómodamente tendido sobre la tierra blanda y removida de la sepultura, no me disgusta del todo; sería tal vez mi bello ideal, si en la muerte pudiera tener la

conciencia de mi reposo. ¿Será que el alma desasida de la materia vendrá a cernerse sobre la tumba, gozándose en la tranquilidad del cuerpo que la ha alojado en el mundo?

Si fuera así, decididamente me hacía partidario del tan repetido y manoseado «reposo de la tumba», tema favorito de los poetas elegiacos y llorones, y aspiración constante de las almas superiores y no comprendidas. Pero... ¡la muerte! «¿Quién sabe lo que hay detrás de la muerte?»—pregunta Hamlet en su famoso monólogo, sin que nadie le haya contestado todavía. Volvamos, pues, a la pereza de la vida, que es lo más positivo.

La mejor prueba de que la pereza es una aspiración instintiva del hombre, y uno de sus mayores bienes, es que, tal como está organizado este pícaro mundo, no puede practicarse, o al menos su práctica es tan peligrosa, que siempre ofrece por perspectiva el hospital. Y que el mundo, tal como le conocemos hoy, es la antítesis completa del paraíso de nuestros primeros padres, también es cosa que por lo evidente no necesita demostración. Sin embargo, el cielo, la luz, el aire, los bosques, los ríos, las flores, las montañas, la Creación, en fin, todo nos dice que subsiste la pereza. ¿Dónde está la variación? El hombre ha comido la fruta prohibida; ha deseado saber; ya no tiene derecho a ser perezoso.

—¡Trabaja, muévete, agítate para comer!—Esto es tan horrible como si nos dijeran:—¡Da a esa

bomba, suda, afánate para coger el aire que has de respirar!

¡Cuántas veces, pensando en el bien perdido por la falta de nuestros primeros padres, he dicho en el fondo de mi alma, parodiando a Don Quijote en su célebre discurso sobre la edad de oro:—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que el hombre no conocía el tiempo, porque no conocía la muerte, e inmóvil y tranquilo gozaba de la voluptuosidad de la pereza en toda la plenitud de sus facultades!—Caímos del trono en que Dios nos había sentado; ya no somos los señores de la Creación, sino una parte de ella, una rueda de la gran máquina, más o menos importante, pero rueda al fin, condenada por lo tanto a volter y a engranarnos con otras, gimiendo y rechinando, y queriéndonos resistir contra nuestro inexorable destino. Algunas veces la pereza, esa deidad celeste, primera amiga del hombre feliz, pasa a nuestro lado y nos envuelve en la suave atmósfera de languidez que la rodea, y se sienta con nosotros y nos habla ese idioma divino de la transmisión de las ideas por el flúido, en el que no se necesita ni aun tomarse el trabajo de remover los labios para articular palabras. Yo la he visto muchas veces flotar sobre mí, y arrancarme al mundo de la actividad, en que tan mal me encuentro. Mas su paso por la tierra es siempre ligerísimo; nos trae el perfume de la bienaventuranza, para hacernos sentir mejor su ausencia.

¡Qué casta, qué misteriosa, qué llena de dulce pudor es siempre la pereza del hombre!

Ved la actividad, corriendo por el mundo, como una bécante desmelenada, dando una forma material y grosera a sus ideas y sus ensueños; ved el mercado público cotizándolos, vendiéndolos a precio de oro. Santas ilusiones, sensaciones purísimas, fantasías locas, ideas extrañas, todos los misteriosos hijos del espíritu, son, apenas nacen, cogidos por la materia, su estúpido consocio, y expuestos desnudos, temblorosos y avergonzados a los ojos de la multitud ignorante.

Yo quisiera pensar para mí, y gozar con mis alegrías, y llorar con mis dolores, adormido en los brazos de la pereza, y no tener necesidad de divertir a nadie con la relación de mis pensamientos y mis sensaciones más secretas y escondidas.

Vamos de una eternidad de reposo pasado a otra eternidad futura por un puente, que no otra cosa es la vida: ¡a qué agitarnos en él con la ilusión de que hacemos algo agitándonos!

Yo he visto con el microscopio una gota de agua, y en ella esos insectos apenas perceptibles, cuya existencia es tan breve, que en una hora viven cinco o seis generaciones, y he dicho, al mirarlos moverse:—¿Si creará ese bichejo que hace alguna cosa?—Para afanarnos en el mundo, sería menester que nos pusiesen una montera que nos tapara el cielo, de modo que la comparación

con su inmensidad no hiciera tan sensible nuestra pequeñez. Yo quiero ser consecuente con mi pasado y mi futuro probables, y atravesar ese puente de la vida, echado sobre dos eternidades, lo más tranquilamente posible. Yo quiero...; pero quiero tantas cosas, que sólo con enumerarlas podría hacer un artículo largo como de aquí a mañana, y no es éste seguramente mi propósito.

Aún me acuerdo que en una ocasión, sentado en una eminencia, desde la que se dilataba ante mis ojos un inmenso y reposado horizonte, llena mi alma de una voluptuosidad tranquila y suave, inmóvil como las rocas que se alzaban a mi alrededor, y de las cuales creía yo ser una, una que pensaba y sentía, como yo creo que sentirán y acaso pensarán todas las cosas de la tierra, comprendí de tal modo el placer de la quietud y la inmovilidad perpetua, la suprema pereza tal y tan acabada como la soñamos los perezosos, que resolví escribirle una oda y cantar sus placeres, desconocidos por la inquieta multitud.

Ya estaba decidido; pero al ir a moverme para hacerlo, pensé, y pensé muy bien, que el mejor himno a la pereza es el que no se ha escrito ni se escribirá nunca. El hombre capaz de intentarlo se pondría en contradicción con sus ideas. Y no lo escribí. En este instante me acuerdo de lo que pensé ese día: pensaba extenderme en elogio de la pereza, a fin de hacer prosélitos para su religión. Pero ¿cómo he de convencer con la palabra,

si la desvirtúo con el ejemplo? ¿Cómo ensalzar la pereza trabajando? Imposible.

La mejor prueba de mi firmeza en las creencias que profeso, es poner aquí punto y acostarme. ¡Lástima que no escriba esto sentado ya en la cama! ¡No tendría más que recostar la cabeza, abrir la mano y dejar caer la pluma!

EL ADEREZO DE ESMERALDAS



ESTÁBAMOS parados en la Carrera de San Jerónimo, frente a la casa de Durán, y leíamos el título de un libro de Méry.

Como me llamase la atención aquel título extraño, y se lo dijese así al amigo que me acompañaba, éste, apoyándose ligeramente en mi brazo, exclamó: — El día está hermoso a más no poder; vamos a dar una vuelta por la Fuente Castellana. Mientras dura el paseo, te contaré una historia en la que yo soy el héroe principal. Verás cómo, después de oírla, no sólo comprendes el título, sino que te lo explicas de la manera más fácil del mundo.

Yo tenía bastante que hacer; pero como siempre estoy deseando un pretexto para no hacer nada, acepté la proposición, y mi amigo comenzó de esta manera su historia:

—Hace algún tiempo, una noche en que salí a dar vueltas por las calles, sin más objeto que el de darlas, después de haber examinado todas las

colecciones de estampas y fotografías de los establecimientos, de haber escogido con la imaginación delante de la tienda de los Saboyanos los bronceos con que yo adornaría mi casa, si la tuviese, de haber pasado, en fin, una revista minuciosa a todos los objetos de arte y de lujo expuestos al público detrás de los iluminados cristales de las anaquelerías, me detuve un momento ante la de Samper.

No sé cuánto tiempo haría que estaba allí regalando con la imaginación a todas las mujeres guapas que conozco: a ésta un collar de perlas, a aquélla una cruz de brillantes, a la otra unos pendientes de amatistas y oro. Dudaba en aquel punto a quién ofrecería, que lo mereciese, un magnífico aderezo de esmeraldas, tan rico como elegante, que entre todas las otras joyas llamaba la atención por la hermosura y claridad de sus piedras, cuando oí a mi lado una voz suave y dulcísima exclamar con un acento que no pudo menos de arrancarme de mis imaginaciones:—¡Qué hermosas esmeraldas!

Volví la cabeza en la dirección en que había oído resonar aquella voz de mujer, porque sólo siendo así podía tener un eco semejante, y encontré, en efecto, que era una mujer hermosísima. No pude contemplarla más que un momento, y, sin embargo, su belleza me hizo una impresión profunda.

A la puerta de la joyería de donde había salido,

estaba un carruaje. La acompañaba una señora de cierta edad, muy joven para ser su madre, demasiado vieja para ser su amiga. Cuando ambas hubieron subido a la carretela, partieron los caballos, y yo me quedé hecho un tonto, mirándola ir hasta perderla de vista.

—¡Qué hermosas esmeraldas!—había dicho. En efecto, las esmeraldas eran bellísimas: aquel collar, rodeado a su garganta de nieve, hubiera parecido una guirnalda de tempranas hojas de almendro, salpicadas de rocío; aquel alfiler sobre su seno, una flor de loto cuando se mece sobre su movible onda, coronada de espuma. ¡Qué hermosas esmeraldas! ¿Las deseará acaso? Y si las desea, ¿por qué no las posee? Ella debe de ser rica y pertenecer a una clase elevada; tiene un carruaje elegante, y en la portezuela de ese carruaje he creído ver un noble blasón. Indudablemente hay en la existencia de esa mujer algún misterio.

Estos fueron los pensamientos que me agitaron después que la perdí de vista, cuando ya ni el rumor de su carruaje llegaba a mis oídos. Y en efecto, en su vida, al parecer tan apacible y envidiable, había un misterio horrible. No te diré cómo; pero yo llegué a penetrarlo.

Casada desde muy niña con un libertino, que, después de disipar una fortuna propia, había buscado en un ventajoso enlace el mejor expediente para gastar otra ajena; modelo de esposas y de

madres, aquella mujer había renunciado a satisfacer el menor de sus caprichos para conservar a su hija alguna parte de su patrimonio, para mantener en el exterior el nombre de su casa a la altura que en la sociedad había tenido siempre.

Se habla de los grandes sacrificios de algunas mujeres. Yo creo que no hay ninguno comparable, dada su organización especial, con el sacrificio de un deseo ardiente, en el que se interesan la vanidad y la coquetería.

Desde el punto en que penetré el misterio de su existencia, por una de esas extravagancias de mi carácter, todas mis aspiraciones se redujeron a una sola: poseer aquel aderezo maravilloso y regalárselo de una manera que no lo pudiera rechazar, de un modo que no supiese ni aun de qué mano podría venir.

Entre otras muchas dificultades que desde luego encontré a la realización de mi idea, no era seguramente la menor que, ni poco ni mucho, tenía dinero para comprar la joya.

No desesperé, sin embargo, de mi propósito.

¿Cómo buscar dinero?—decía yo para mí, y me acordaba de los prodigios de las *Mil y una noches*, de aquellas palabras cabalísticas, a cuyo eco se abría la tierra y se mostraban los tesoros escondidos, de aquellas varas de virtud tan grande que, tocando con ellas en una roca, brotaba de sus hendiduras un manantial no de agua, que era

pequeña maravilla, sino de rubíes, topacios, perlas y diamantes.

Ignorando las unas, y no sabiendo dónde encontrar la otra, decidí, por último, escribir un libro y venderlo. Sacar dinero de la roca de un editor no deja de ser milagro; pero lo realicé.

Escribí un libro original, que gustó poco, porque sólo una persona podía comprenderlo; para las demás sólo era una colección de frases.

Al libro lo titulé *El aderezo de esmeraldas*, y lo firmé con mis iniciales solas.

Como yo no soy Víctor Hugo, ni mucho menos, excuso decirte que por mi novela no me dieron lo que por la última que ha escrito el autor de *Nuestra Señora de París*; pero, con todo y con eso, reuní lo suficiente para comenzar mi plan de campaña.

El aderezo en cuestión valdría como cosa de unos catorce a quince mil duros, y para comprarlo contaba ya con la respetable cantidad de tres mil reales; necesitaba, pues, jugar.

Jugué, y jugué con tanta decisión y fortuna, que en una sola noche gané lo que necesitaba.

A propósito del juego he hecho una observación, en la que cada día me confirmo más y más. Como se apunte con la completa seguridad de que se ha de ganar, se gana. Al tapete verde no hay que acercarse con la vacilación del que va a probar su suerte, sino con el aplomo del que llega por algo suyo. De mí sé decirte que aquella no-

che me hubiera sorprendido tanto el perder, como si una casa respetable me hubiese negado dinero con la firma de Rothschild.

Al otro día me dirigí a casa de Samper. ¿Cree-rás que al arrojar sobre el despacho del joyero aquel puñado de billetes de todos colores, aquellos billetes que representaban para mí, cuando menos, un año de placer, muchas mujeres hermosas, un viaje a Italia, y *champagne* y veguerós a discreción, vacilé un momento? Pues no lo creas: los arrojé con la misma tranquilidad, ¡qué digo tranquilidad!, con la misma satisfacción con que Buckingham, rompiendo el hilo que las sujetaba, sembró de perlas la alfombra del palacio de su amante.

Compré las joyas y las llevé a mi casa. No puedes figurarte nada más hermoso que aquel aderezo. No extraño que las mujeres suspiren alguna vez al pasar por delante de esas tiendas que ofrecen a sus ojos tan brillantes tentaciones; no extraño que Mefistófeles escogiese un collar de piedras preciosas como el objeto más a propósito para seducir a Margarita: yo, con ser hombre y todo, hubiera querido por un instante vivir en el Oriente y ser uno de aquellos fabulosos monarcas que ciñen las sienes con un círculo de oro y pedería, para poder adornarme con aquellas magníficas hojas de esmeraldas con flores de brillantes.

Un *gnomo* para comprar un beso de una *silfa*

no hubiera logrado encontrar entre los inmensos tesoros que guarda el avaro seno de la tierra, y que ellos solos conocen, una esmeralda más grande, más clara, más hermosa que la que brillaba, sujetando un lazo de rubíes, en mitad de la *diadema*.

Dueño ya del aderezo, comencé a imaginar el modo de hacerlo llegar a la mujer a quien lo destinaba.

Al cabo de algunos días, y merced al dinero que me quedó, conseguí que una de sus doncellas me prometiese colocarlo en su guardajoyas, sin ser vista; y a fin de asegurarme de que por su conducto no había de saberse el origen del regalo, le di cuanto me restaba, algunos miles de reales, a condición de que, apenas hubiese puesto el aderezo en el lugar convenido, abandonaría la corte para trasladarse a Barcelona. En efecto, lo hizo así.

Juzga tú cuál no sería la sorpresa de su señora cuando, después de notar su inesperada desaparición, y sospechando que tal vez había huído de la casa llevándose alguna cosa, encontró en su *secrétaire* el magnífico aderezo de esmeraldas. ¿Quién había adivinado su pensamiento? ¿Quién había podido sospechar que aún recordaba de cuando en cuando aquellas joyas con un suspiro?

Pasó tiempo y tiempo. Yo sabía que conservaba mi regalo, sabía que se habían hecho grandes diligencias por averiguar cuál era su origen, y,

sin embargo, nunca la vi adornada con él.—¿Desdeñará la ofrenda? ¡Ah!—decía yo—; ¡si supiese todo el mérito que tiene ese regalo; si supiese que apenas le supera el de aquel amante que empeñó en invierno la capa para comprar un ramo de flores! Creerá tal vez que viene de mano de algún poderoso que algún día se presentará, si lo admiten, a reclamar su precio. ¡Cómo se engaña!

Una noche de baile me situé a la puerta de Palacio y, confundido entre la multitud, esperé su carruaje para verla. Cuando llegó éste y, abriendo el lacayo la portezuela, apareció ella radiante de hermosura, se elevó un murmullo de admiración de entre la aplañada muchedumbre. Las mujeres la miraban con envidia, los hombres con deseo; a mí se me escapó un grito sordo e involuntario. Llevaba el aderezo de esmeraldas.

Aquella noche me acosté sin cenar; no recuerdo si porque la emoción me había quitado las ganas o porque no tenía qué: de todos modos, era feliz. Durante mi sueño creí percibir la música del baile y verla cruzar ante mis ojos, lanzando chispas de fuego de mil colores, y hasta me parece que bailé con ella.

La aventura de las esmeraldas se había trasladado, siendo objeto, cuando apareció en su *secrétaire*, de las conversaciones de algunas damas elegantes.

Después de haberse visto el aderezo, ya no quedó lugar a dudas, y los ociosos comenzaron a co-

mentar el hecho. Ella gozaba de una reputación intachable. A pesar de los extravíos y del abandono en que su marido la tenía, la calumnia no pudo jamás elevarse hasta el alto lugar en que la habían colocado sus virtudes; sin embargo, en esta ocasión comenzó a levantarse el *venticello* por donde comienza, según don Basilio.

Un día en que me hablaba en un círculo de jóvenes, se hablaba de las famosas esmeraldas, y un fatuo dijo al fin, como terminando la cuestión:

—No hay que darle vueltas: esas joyas tienen un origen tan vulgar como todas las que se regalan en este mundo. Pasó ya el tiempo en que los genios invisibles ponían maravillosos presentes debajo de la almohada de las hermosas, y el que hace un regalo de ese valor es con la esperanza de la recompensa..., y esa recompensa, ¡quién sabe si se cobraría adelantada!...

Las palabras de aquel necio me sublevaron, y me sublevaron, sobre todo, porque encontraron eco en los que las oían. No obstante, me contuve. ¿Qué derecho tenía yo para salir a la defensa de aquella mujer?

No había pasado un cuarto de hora cuando se me ofreció la ocasión de contradecir al que la había injuriado. No sé a propósito de qué le contradije; lo que te puedo asegurar es que lo hice con tanta aspereza, por no decir grosería, que de contestación en contestación sobrevino un lance. Era lo que yo deseaba.

Mis amigos, conociendo mi carácter, se admiraban, no sólo de que hubiese buscado un desafío por una causa tan fútil, sino de mi empeño en no dar ni admitir explicaciones de ningún género.

Me batí, no sé decirte si con fortuna o sin ella, pues aunque al hacer fuego vi vacilar un instante a mi contrario y caer redondo a tierra, un instante después sentí que me zumbaban los oídos y que se oscurecían mis ojos. También estaba herido, y herido de gravedad en el pecho.

Me llevaron a mi pobre habitación presa de una espantosa fiebre... Allí... no sé los días que permanecí, llamando a voces no sé a quién..., a ella sin duda. Hubiera tenido valor para sufrir en silencio toda la vida, a trueque de obtener al borde del sepulcro una mirada de gratitud; pero ¡morir sin dejarle siquiera un recuerdo!

Estas ideas atormentaban mi imaginación en una noche de insomnio y de calentura, cuando vi que se separaron las cortinas de mi alcoba, y en el dintel de la puerta apareció una mujer. Yo creí que soñaba, pero no. Aquella mujer se acercó a mi lecho, a aquel pobre y ardiente lecho en que me revolcaba de dolor; y levantándose el velo que cubría su rostro, dejó ver una lágrima suspendida de sus largas y oscuras pestañas. ¡Era ella!

Yo me incorporé con los ojos espantados, me incorporé y... en aquel punto llegaba frente a casa de Durán...

—¡Cómo! — exclamé yo interrumpiéndole al oír aquella salida de tono de mi amigo—; ¿pues no estabas herido y en la cama?

—¡En la cama!..., ¡ah!, ¡qué diantre!... Seme había olvidado advertirte que todo esto lo vine yo pensando desde casa de Samper, donde en efecto vi el aderezo de esmeraldas y oí la exclamación que te he dicho en boca de una mujer hermosa, hasta la Carrera de San Jerónimo, donde un codazo de un mozo de cuerda me sacó de mi abstracción frente a casa de Durán, en cuyo escape reparé en un libro de Méry con este título: *Histoire de ce qui n'est pas arrivé*, «Historia de lo que no ha sucedido». ¿Lo comprendes ahora?

Al escuchar este desenlace, no pude contener una carcajada. En efecto, yo no sé de qué tratará el libro de Méry; pero ahora comprendo que con ese título podrían escribirse un millón de historias a cual mejores.